

Para discernir el parentesco de los Judíos con los Arabes procede remontar á los tiempos de Abraham y representarnos mentalmente á ese patriarca como el jeque de una pequeña tribu de nómadas, guerreando con sus vecinos, y molestando á las poblaciones agrícolas, como hoy en día sucede. El cautiverio de Egipto no es indudablemente más que el resultado de una campaña, en virtud de la cual los egipcios acantonaron á esa tribu de merodeadores en el Egipto septentrional, en un territorio del que no podía salir, y de donde no se escapó sino con Moisés, cuando después de una larga permanencia en Egipto, los Hebreos fueron bastante numerosos para resistir á los Faraones, y volver á seguir la vida nómada durante cuarenta años. La existencia de los Judíos, como nación, no difirió nada hasta David, de la de otras tribus árabes de la Arabia y de la Palestina.

IV

DIVERSIDAD DE LAS POBLACIONES ÁRABES

Se considera generalmente á los Arabes como formando una raza única, y para la mayor parte de los Europeos, todo mahometano del Africa y Asia, desde Marruecos hasta Arabia, es un Arabe, del mismo modo que para los Orientales todos los Europeos, ya sean Ingleses y Alemanes, ya Italianos, Rusos, etc., son los representantes de un pueblo único que designan con el nombre de los Francos.

El modo de juzgar nosotros de los Arabes no es en realidad menos inexacto que el que ellos tienen de juzgarnos á nosotros. Hay entre ellos muchos tipos tan diferentes como los que pue-

En los países árabes que se hallan completamente independientes de la influencia europea, los Judíos están absolutamente fuera de la ley y son mucho más maltratados que los animales. He aquí cómo el señor Cottés, que escribía en 1855, se expresaba acerca del estado de los Judíos en Marruecos.

«Los judíos no pueden llevar sino vestidos negros, por ser este color el emblema de la maldición y desgracia. Les está prohibido montar á caballo. Al pasar delante de una mezquita, de una *zauia* (capilla), de un santo, de un *marabut*, ó de un jerife han de descalzarse, llevando los zapatos en la mano hasta que lo han dejado atrás. No pueden pasar por los cementerios musulmanes; y sus mujeres, por un quitame allá esas pajas, son azotadas públicamente por los *ahrifas*, musulmanes encargados especialmente de esta tarea. Si un musulmán les pega, no pueden, bajo pena de la vida, defenderse sino huyendo, ó valiéndose de la astucia. Con frecuencia se ve á chicos de siete y ocho años apedrear á jóvenes vigorosos; apalearlos, ahofetearlos, morderlos, arañarlos de mala manera: esos hombres son Judíos; y esos Judíos se encorvan, se retuercen, procuran desprenderse del que los maltrata; pero todos sus actos se inspiran en el propósito de no pegar, ni herir á sus agresores.»

Lo que precede es todavía perfectamente exacto en el interior de Marruecos; pero no pasa ya con tanta rudeza en Tánger donde residen muchos cónsules extranjeros, bajo la protección de los cuales se colocan generalmente los Judíos. Cuando llegué á esta curiosa ciudad tuve ocasión de hacer una visita á un Bajá, acompañado de un *drogman* del ministro de Bélgica, israelita distinguido, que fué muy bien recibido,

den hallarse en Europa. A consecuencia de los diferentes centros que han hallado y de los diversos pueblos con que se han mezclado, los Arabes han llegado á formar combinaciones muy complejas. Así, por ejemplo, los Arabes que hoy habitan la Meca, y que antes eran una de las razas más puras, son un producto del cruzamiento de los diferentes pueblos que desde el Atlántico hasta el Indo van anualmente á esta ciudad desde los tiempos de Mahoma. Lo mismo ha pasado en Africa y Siria, donde Fenicios, Berberiscos, Turcos, Caldeos, Turcomanos, Persas, Griegos y Romanos se han mezclado más ó menos con los Arabes; y hasta en las mismas partes más centrales y aisladas de Arabia, como el Nedjed, la raza dista de ser pura; pues hace siglos que el elemento negro se cruza con ella. Todos los viajeros que han visitado el interior de Africa han quedado sorprendidos de esta influencia de los negros en la Península; de modo que Rotta cita una región del Yemen donde la población ha llegado á ser casi negra, al paso que en las montañas la misma población, poco mezclada, continúa siendo blanca; y al hablar de la familia de uno de los jeques de la comarca, dice que entre sus hijos los había de todos los colores, desde el negro hasta el blanco, según el cutis de sus madres. Wallin ha visto en el Djóf tribus enteras de esclavos negros. También son muy comunes los negros en el Nedjed, donde, lo mismo que en el resto de la Arabia, no existe ninguna preocupación de color; lo cual, como es consiguiente, no impide ningún cruzamiento. Cuenta Palgrave que Katif, ciudad importante del Nedjed, estaba gobernada por un negro, cuando él hizo su viaje. «He visto en Riadh, añade, muchos hijos de mulatos que llevaban orgullosamente la espada con empuñadura de plata, teniendo entre sus servidores á Arabes de la más pura sangre ismaelita ó kahtanita.»

Esta falta de preocupación respecto al color ha sorprendido también á lady A. Blunt, quien en su narración reciente del viaje que hizo á Nedjed en 1878, refiere que el gobernador de una de las más grandes ciudades de esta región «era un negro completamente negro, con lo característicamente repulsivo del Africano. Parecióme de lo más absurdo del mundo, añade, ver á ese negro, que todavía es esclavo, en medio de un grupo de cortesanos de raza blanca; pues todos estos Arabes, la mayor parte de los cuales son nobles por la sangre, se encorvaban delante de él, dispuestos á obedecer sus miradas, ó á celebrar sus pobres ocurrencias.»

Esa mezcla de razas diferentes se verifica particularmente entre los Arabes sedentarios, por considerar honroso cada Arabe tener en su harem mujeres de diferentes colores. En las tribus del desierto, y particularmente de las montañas, la pureza de la raza es mucho mayor; aunque debe notarse que entre las tribus nómadas de la Siria oriental, especialmente de las que residen cerca de Palmira, en pleno desierto, hay rubios de ojos azules, lo cual parece implicar una mezcla con los pueblos procedentes de un origen mucho más septentrional.

V

DESCRIPCIÓN DE LAS DIVERSAS POBLACIONES ÁRABES

La única división fundamental que cabe establecer entre los Arabes, y que se halla justificada por todas sus tradiciones y por su género de vida, es la de Arabes sedentarios y Arabes nómadas. Es esta división del todo esencial, debiéndose siempre tenerla presente cuando se estudia su historia. Los nómadas, ó como se les llama generalmente, los Beduínos, tienen desde Marruecos hasta la Arabia un género de vida, costumbres y usos que son exactamente hoy lo que eran muchos miles de años atrás, y lo que según toda probabilidad serán siempre. Como en los tiempos bíblicos viven reunidos en tribus que cambian de residencia á medida que sus rebaños esquilman el suelo donde habían acampado momentáneamente; y el Arabe sedentario se modifica por el contrario, según los lugares y poblaciones variadísimas con las cuales se halla en contacto.

Esta división en Arabes sedentarios y nómadas corresponde también á la que las tradiciones han establecido; las cuales atribuyen efectivamente el origen de los Arabes á tres razas, la primera de las cuales ha desaparecido antes del Islamismo; la segunda está formada por los descendientes de Kahtan (el Joctan de la Biblia), población sedentaria que se fijó en el Yemen, y que es tenida por la raza árabe más pura; y la tercera rama descendía de Ismael, hijo de la esclava egipcia de Abraham.

Ya se comprenderá, después de lo que dijimos acerca de las diferentes mezclas que constituyen hoy la población árabe, que no existe ahora el tipo árabe, como generalmente se cree; pues un tipo árabe bien definido, es decir, un

tipo del cual pueda decirse que es del todo especial al Arabe, me parece tan imposible presentarlo, como un tipo francés ó italiano.

De todas las tentativas de definición del tipo físico de los Arabes, la que me ha parecido abrazar el mayor número posible de individuos de raza pura se debe al antiguo médico mayor del ejército llevado por Napoleón á Egipto, monsieur Larrey.

«Son, dice, de estatura algo más que mediana; robustos, y bien conformados; su piel, curtida, ó morena, y elástica. Tienen la cara oval, y de color bronceado; la frente ancha y alta; las cejas, negras y destacadas; los ojos del mismo color, y además vivos y hundidos; la nariz recta, de tamaño regular; la boca bien cortada; los dientes bien colocados, hermosos y blancos como el marfil; las orejas, de buen dibujo, del tamaño normal, y ligeramente contorneadas hacia adelante; y el conducto auditivo se halla en perfecto paralelo con la comisura externa ó temporal de los párpados. Como en los individuos de todos los pueblos, se observa en sus mujeres algunas diferencias ventajosas, siendo particularmente admirables los graciosos contornos de sus miembros, las proporciones regulares de sus manos y pies, su porte y actitud altivas, etcétera, etc. Los Beduínos ó Arabes pastores se hallan generalmente divididos en tribus diseminadas en los lindes de los terrenos fértiles, á la entrada ó en los bordes de los desiertos; y habitan en tiendas que transportan de uno á otro sitio, á medida de sus necesidades. Aunque tienen mucha semejanza con los otros Arabes, sus ojos son más brillantes, sus facciones generalmente menos pronunciadas, y su estatura más baja que la de los Arabes civilizados. En cambio son más ágiles, y aunque flacos, muy vigorosos. Tienen viva imaginación, y carácter altivo é independiente; y aunque desconfiados y disimulados, son valientes é intrépidos. Distínguense particularmente por una gran destreza, y por una profunda y rara inteligencia. Son tenidos por excelentes jinetes, y con razón se celebra su habilidad en manejar la lanza y arrojar la javalina. Además tienen mucha aptitud para el ejercicio de todas las artes y oficios.»

Entre los caracteres señalados por Larrey, lo que más me ha sorprendido ver en los Arabes que he tenido ocasión de observar, es el brillo realmente sorprendente de los ojos, sobre todo en los niños; la blancura deslumbradora de los dientes; la delicadeza de las extremidades, y lo arrogante de su porte; bien que esos rasgos ca-

racterísticos no son aplicables ya ahora sino á los nómadas.

La única distinción práctica que hoy cabe establecer entre los Arabes, excepción hecha de

la fundamental, ya mencionada más arriba, es la que se origina en el país donde viven; de modo que vamos á adoptarla con preferencia, al describir sucesivamente á los Arabes de la Arabia,



Mujeres árabes de las cercanías del Cairo. — De fotografía

de la Siria, de Egipto, de Africa y China; ahincando mucho más en aquellos caracteres psicológicos, cuya importancia ya demostramos poco há, que en los tipos físicos, que, según ya dijimos, son muy variados. Finalmente la reproducción de

nuestras fotografías ilustrará más acerca de estos tipos que las más largas descripciones.

Arabes de la Arabia.—El Arabe de las regiones centrales de la Arabia es el que, á pesar de sus repetidas mezclas con los negros, parece

haber conservado mayor semejanza con sus antepasados de las primeras edades, sobre todo considerándolo en el estado nómada. Por eso empezaremos estudiando á estos últimos.

Los nómadas, que, según muchas personas suponen, constituyen toda la población de la Arabia, forman una raza medio salvaje, sin civilización, ni historia; y para saber lo que eran 3,000 años atrás basta observar lo que son hoy,

pues fuera de la religión nada ha cambiado en ellos; y no sólo continúan tales como podemos representárnoslos por medio de las descripciones de Herodoto, ó de las relaciones de la Biblia, sino que están condenados á no cambiar. Si regiones fértiles como las del Yemen crean poblaciones sedentarias y agrícolas, los áridos arenales del desierto no pueden crear más que nómadas.



Mendigos marroquíes. — De fotografía

Los Arabes nómadas han vivido siempre como hoy, en pequeñas tribus, sometidas á la autoridad patriarcal de un jefe, llamado jeque, ó señor, que es uno de los cabezas de familia de la tribu; pero tiene una autoridad tan restringida que casi únicamente se extiende á llevar los guerreros al combate, y á presidir la distribución del botín y algunas ceremonias.

Las dos ocupaciones exclusivas de los nómadas son la guerra y la cría del ganado. Los combates que se dan de tribu á tribu por el menor pretexto son interminables, pues la ley bíblica del talión, ojo por ojo y diente por diente, siempre ha sido la ley de esa gente; y cada muerte produce otras en represalias; de modo

que sólo cuando dos tribus se hallan casi aniquiladas se avienen á hacer las paces, aceptando una compensación en desquite de una muerte.

Las cualidades y defectos de los Arabes nómadas son naturalmente los que engendra su manera de vivir.

«Los Arabes, dice Herder, han conservado las costumbres patriarcales de sus antepasados; y son, por un contraste singular, obsequiosos y sanguinarios, supersticiosos y exaltados, ávidos de creencias y de ficciones; parecen dotados de una eterna juventud, y son capaces de los más grandes actos cuando los domina una idea nueva. Aunque libre, altivo y generoso, el Arabe no por eso deja de ser irascible y audacísimo,

resumiendo en sí mismo el tipo de los vicios y virtudes de su nación. La necesidad de proveer por sí mismo á sus necesidades, lo hace activo; es paciente á causa de los sufrimientos de todo género que se ve obligado á sufrir; ama la independencia como el único bien de que puede disfrutar, pero es también quimerista por odio á toda dominación; y además de ser duro consigo mismo, llega á ser cruel, y con demasiada frecuencia se muestra ávido de venganza.

» La analogía de situación y sentimiento les inspiraba á todos el mismo pundonor; el sable, la hospitalidad y la elocuencia eran su gloria; el sable, la única garantía de sus derechos; la hospitalidad resumía para ellos todo el código de la humanidad, y á falta de escritura, la elocuencia servía para terminar las disidencias que no se resolvían por las armas.»

«Quizás, dice Desvergers, el rasgo más notable del carácter árabe es esa misma mezcla íntima de ardor por el saqueo y de hospitalidad; de espíritu de rapiña y de liberalidad; de crueldad y de generosidad caballeresca, que pone alternativamente en relieve las cualidades más opuestas, atrayendo en el curso de una relación veinte veces sobre la misma persona la admiración y la censura. Difícil sería darse cuenta de estas perpetuas inconsecuencias, si uno no se colocase en el punto de vista excepcional de un pueblo aislado de todo contacto por su posición, y que se ve obligado á bastarse á sí mismo en el territorio más ingrato. La pobreza de este territorio era su excusa del saqueo; pues privados de aquellas cosechas abundantes ó de aquellos ricos pastos que bastaban para las necesidades de otros pueblos, reparaban la injusticia de la suerte apelando abiertamente á la fuerza, y cada vez que atacaban una caravana creían tomar posesión de la parte de bienes que debiera haberseles señalado al distribuirse la tierra. Como no diferenciaban la guerra de la emboscada, el robo á mano armada les parecía un derecho de conquista, y creían tan meritorio despojar al viajero como tomar una ciudad por asalto, ó reducir una provincia. Semejantes inclinaciones no merecerían ninguna simpatía, si no las compensasen algunas nobles virtudes. Ese mismo guerrero á quien la sed de saqueo, el deseo de venganza y el amor propio ofendido inspiraban actos inauditos de crueldad, se convertía, una vez dentro de su tienda, en huésped liberal y cortesísimo; y el oprimido que pedía su protección ó se confiaba á su honor, no sólo era recibido como amigo, sino

hasta como miembro de la familia: su vida era desde entonces sagrada, y su huésped la hubiera defendido con peligro de la suya, aunque hubiese llegado á descubrir que el hombre albergado en su hogar era el enemigo cuyo exterminio había deseado mil veces, y hasta quizás no hubiera tenido escrúpulos en apoderarse por astucia ó por fuerza del camello de su vecino para ofrecer á su comensal una hospitalidad más grande y generosa. La generosidad ha sido siempre la virtud que los Arabes han estimado más que cualquiera otra, y que ellos consideraron, por decirlo así, como dote especial de su nación.»

Por mi parte añadiré que los Arabes nómadas, lo mismo en Arabia que en Siria ó en Africa, poseen todavía, como carácter principal, un sentimiento de independencia tan extremadísimo, que le sería difícil á un europeo darse cuenta de ello. Los nómadas desdennan profundamente al habitante de las ciudades, á quien consideran como esclavo, pues para ellos ligarse á la tierra es despedirse de la libertad, porque, según creen, el hombre que se hace dependiente del suelo, no tarda en estar sujeto á un amo. El nómada no tiene otra cosa que su libertad; pero esa libertad la mira como superior á todos los demás bienes, y ha sabido conservarla intacta hasta hoy á través de las edades. Ninguno de los conquistadores que han dominado al mundo, lo mismo griegos que romanos, persas, etc., etc., ha podido jamás someterlos; de modo que una dominación sobre los nómadas, además de ser siempre efímera, ni siquiera podrá establecerse, si no se combate á los nómadas con otros nómadas.

Ese sentimiento de independencia remonta á los primeros tiempos de su historia, pues Diodoro de Sicilia asegura que entre los Nabateos, nómadas de la Arabia Pétreá, estaba prohibido plantar trigo y árboles frutales y construir casas, por considerar que no cabía guardar estos bienes, sin sacrificar la libertad. Así es que nunca pudieron ser conquistados, y Herodoto observa que cuando la Fenicia y Palestina se veían obligadas á enviar cuantiosos tributos al rey de Persia, los Arabes eran los únicos exentos de ellos.

El instinto del saqueo y el carácter batallador de los Arabes nómadas los convierten siempre en vecinos temibles para los países civilizados, los cuales no pueden menos de considerarlos como verdaderos bandidos. Pero el punto de vista de los Arabes difiere completamente,

pues tan orgullosos están del pillaje de una caravana, cómo los europeos puedan llegar á estarlo del bombardeo de una ciudad, de la conquista de una provincia ó de hazañas análogas; y si los nómadas no levantan por eso estatuas á sus jefes célebres, depende de que en Arabia no se erigen á nadie, lo cual no les impide imaginar que deben tener por ellos tanta veneración como nosotros por nuestros grandes conquistadores.

Además, debióse á estos arraigados instintos de guerra y saqueo el que los Arabes nómadas llegasen á ser excelentes guerreros al mando de los sucesores de Mahoma, haciendo rápidamente la conquista del mundo; pero hasta dentro de las nuevas condiciones á que estuvieron sometidos, conservaron invariablemente sus instintos primitivos, pues el carácter de un pueblo apenas cambia; y tan sólo los manifestaron bajo nuevas formas, convirtiendo el amor del saqueo en amor de conquistas, y los hábitos de generosidad en origen de esas costumbres caballerescas que todos los pueblos de Europa imitaron en seguida.

Bien que al principio su costumbre de andar en rivalidades intestinas les fué útil hasta cierto punto, originando entre ellos un vivo sentimiento de emulación; como estaban demasiado arraigadas para contenerse en límites prudentes, acabaron por echarlos á perder.

Los Arabes nómadas formaron especialmente gran parte de los ejércitos de los sucesores de Mahoma, haciendo grandes servicios á estos últimos en calidad de conquistadores. Pero en cambio no salió de ellos el plantel de sabios y artistas que tan irradiante brillo dió á la civilización de los discípulos del profeta.

Los nómadas siempre han despreciado las conquistas de la civilización, prefiriendo mucho más su existencia del desierto; lo cual es uno de esos sentimientos hereditarios que son análogos á los de los Indios de América, y contra los cuales nada llega á prevalecer. Los Arabes nómadas han rechazado siempre, y particularmente en Siria, las tierras que les ofrecían para que se estableciesen en ellas. Esa gente, cuya arrogante y noble actitud ha sorprendido á todos los viajeros, saben bastarse sin los recursos artificiales de la civilización, y no cederían el paso al más altivo barón feudal de la Edad media. Además, la vida del desierto no carece de atractivo, y confieso de buena gana que si debiese escoger entre esta vida independiente y la existencia de un operario que dedica doce horas

diarias en una fábrica á un trabajo embrutecedor, no vacilaría largo tiempo.

Aunque no hayan pasado de las formas más primitivas de la evolución de las sociedades humanas,—formas que las condiciones de la existencia en el desierto les impiden dejar,—los Arabes nómadas son muy superiores á los demás pueblos pastores que todavía se hallan en diversos puntos del globo; y yo que he conversado muchas veces con ellos, tengo para mí que su concepción de la existencia no es de ningún modo inferior á la que se forman de la suya muchos Europeos muy civilizados. Más adelante veremos también en sus poesías que si estos nómadas son verdaderos semi-salvajes por sus costumbres, no lo son por sus ideas; y que es raro que un nómada no sea á la vez poeta.

He dicho que al mismo tiempo es poeta, y, como muchos de estos, es un verdadero niño. A lo psicológicamente característico que hemos señalado en el nómada, hay que añadir quizás la cualidad más importante de todas, la cual consiste en poseer, á pesar de su calma aparente, un carácter muy movible que lo asemeja mucho á la mujer y al niño. Como estos, no tiene nunca otro guía que el instinto del momento, y juzga siempre por las apariencias, dejándose fácilmente alucinar por el ruido, por el brillo y la pompa exterior; de modo que el mejor medio de convencerlo es deslumbrarlo.

Lo mismo sucede en todas las razas ó naciones primitivas; y lo mismo con las mujeres y los niños, porque ambos representan igualmente las formas inferiores de la evolución humana. El nómada no es realmente más que un semi-salvaje; sin duda un semi-salvaje inteligente, pero con la circunstancia de no haber dado desde muchos miles de años há un solo paso hacia la civilización; de modo que no ha pasado por ninguna de las trasformaciones acumuladas por la herencia en los hombres civilizados. Si, como creemos, los caracteres psicológicos bastan para establecer profundas diferencias entre los hombres, cabe decir que el Arabe sedentario y el Arabe nómada constituyen dos razas separadas por un verdadero abismo.

Los Arabes sedentarios de la Arabia, de los que vamos ahora á ocuparnos, difieren mucho de los nómadas de quienes acabamos de hablar; y no son gente semi-bárbara, como generalmente se cree. Palgrave hace observar con razón que este erróneo parecer resulta tan sólo de no haber visitado los viajeros en general sino algunos puntos sin importancia del litoral de esta